

“El que te pega te quiere”¹

Reflexión sobre la formación de los vínculos del cuerpo maltratado²

*Beatriz Ramírez Grageda**

Resumen

En este trabajo se reflexiona sobre cómo la violencia en la familia puede hacer que los niños se habitúen al maltrato y establezcan este tipo de relación como modelo a lo largo de su vida no sólo con golpes físicos sino, sutilmente, con palabras. La violencia de nuestras palabras, frecuentemente hace comunes y aceptables las cosas, situaciones, actos y relaciones que no lo son. Alguien puede creer que sus relaciones deben ser conflictivas y violentas. En este trabajo se hace un análisis del refrán “el que te pega te quiere” que algunos niños tienen como su modo de vida, sin advertir el papel de complicidad que los adultos tienen en él. Tolerando, callando, dejando pasar, también se contribuye a naturalizar las relaciones de maltrato y violencia.

Abstract

It is a work that show the violence in the family can to make subtly with the words, that ill treatment children to be habituate to this type of relation along all her live. The violence of our words frequently make natural the things, the situations and the relationship that are not naturals. But psychologically somebody can to have the believe of that yours relationsghip must be conflictivies and violent. The work dissect a popular proverb (adage) that someone childrens haven as mode of live, without the warning paper accomplice that the people adult have in this situation but without to know it.

* Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Dirección electrónica: brg@correo.azc.uam.mx

¹ Una versión distinta de este trabajo fue presentada en el congreso “El cuerpo descifrado”, realizado del 28 al 31 de octubre de 2003 en el Centro Nacional de las Artes por la UAM y la BUAP.

² Agradezco la lectura y los comentarios de Silvia Radosh Corkidi, Raúl Anzaldúa Arce, Cristina Ávila Cortés y los dictaminadores anónimos en quienes, dada su rigurosa lectura y sus atinadas observaciones, descansó la versión final de este trabajo.

[...] es el cuerpo quien soporta en su vida y su muerte, en su fuerza y en su debilidad, la sanción de toda verdad o error, como lleva en sí también [...] el origen [...] ¿Por qué han acordado admitir como verdad absoluta las imaginaciones que (lo) constituyen? El cuerpo: es superficie de inscripción de los sucesos mientras que el lenguaje los marca y las ideas los disuelven, lugar de disociación del yo (al cual intenta prestar la quimera de una unidad substancial), volumen de perpetuo derrumbamiento.

MICHEL FOUCAULT

En este trabajo invito al lector a reflexionar sobre un refrán popular bien conocido por muchos niños golpeados. En vez de tomar una posición desde el derecho, la medicina, el trabajo social o el sentido común, realizaremos un análisis semántico, discursivo, de lo que esta frase implica y de cómo se va engarzando o configurando como forma de vida, como recurso de subsistencia y modo de relación con los otros, hasta formar parte de la concepción y el sentido que tenga un niño de sí mismo, de los otros y de su contexto, es decir, de su vida. Indudablemente este análisis no puede dar cuenta de las singulares situaciones que pasa cada niño maltratado, pues éstas merecen rigurosos análisis particulares que muestren las constelaciones familiares en las que estos niños crecen, dilucidando así el camino que siguen sus pulsiones para llegar a su destino (la satisfacción), así como de los objetos de sus pasiones, la fuente de sus placeres y de sus goces que configuran su posición subjetiva en relación con los otros.

Es necesario mencionar aquí que este trabajo tiene su fundamento en mi experiencia laboral como psicóloga de estancias infantiles, en mi práctica con adultos y en una reflexión continua que me han permitido discernir la importancia del lenguaje de nuestros actos, de las formas de expresión, de lo que hacemos con nuestras palabras y de los modos de ser con los que nos referimos a otros. Modos y formas que les hacemos escuchar y vivenciar, que les imponemos en una sutil violencia que será apropiada, transfigurada, transpuesta en modos de ser y en cosmovisiones sobre la vida, en formas de relación y

en recursos ante la misma; éstas van conformando una identidad (siempre imaginaria) que no sólo legitima sino también naturaliza y hace esperable la violencia física, moral o psicológica en toda relación humana condicionada por la diferencia. Las experiencias vividas, los tiempos disímiles, los espacios que se ocupan dan ventaja y superioridad a unos sobre otros y estos tiempos subjetivos son la condición de que existan ejercicios de poder.

También es necesario reconocer el instrumento que nos permitirá vislumbrar estos finos hilos en los que se va naturalizando el maltrato que por ser del orden del lenguaje son tan evidentes como invisibles, me refiero aquí a una visión teórico metodológica que nos brinda elementos para comprender los impactos y las dimensiones que se juegan en la expresión *el que te pega te quiere*; nos referimos a la perspectiva psicoanalítica, ésta nos permitió encontrar un derrotero distinto al que nos habían orientado nuestras iniciales reflexiones en este trabajo analítico.³

Una lectura psicoanalítica no promovería juicios, justificaciones, estrategias propedéuticas o alternativas terapéuticas de relación familiar o de las relaciones personales; apuntaría, en el mejor de los casos, a desentrañar lo que se juega en este acto agresivo en la vida familiar: el maltrato al niño.⁴ El psicoanálisis nos permite comprender la imposibilidad de una relación armoniosa, ideal o de pleno bienestar con el propio mundo, que abriga ciertas posiciones psicológicas; dilucidando las posiciones que se juegan en una relación de maltrato infantil.

³ Reconocimos que incluso en la frase se juega una cuestión de gobierno que ponía de relieve tanto las pulsiones de vida como las de muerte en el incesante juego vital de la organización y el acuerdo. Pulsiones de las que emanan las formas más recalcitrantes de sofocamiento y coerción, que promueven estructuras psicopatológicas determinadas frente a las cuales frecuentemente se desconoce responsabilidad social alguna. Y sin embargo, como el crítico afirmaría: para conocer una sociedad es necesario virar hacia sus expresiones criminales y sus sistemas carcelarios.

⁴ Las propuestas tocan a profesionales que, comprometidos con su mundo y los otros, montan escenarios distintos; son consecuentes con sus pensamientos en su trabajo y en sus actos.

Aportes del psicoanálisis para una lectura del maltrato infantil

Son muchos los trabajos en los que se pueden rastrear aportes de Sigmund Freud al respecto (el lector encontrará referidos como bibliografía algunos de los más significativos); en éstos se reconoce la existencia de dos pulsiones que gobiernan la vida anímica de los sujetos: unas orientadas al amor y a la vida que llevarán a los hombres a las alianzas, a la solidaridad, al reconocimiento, a la admiración y otras de tendencias egoístas y crueles asociadas con la muerte, responsables de un afán de poder y superioridad de unos sobre los otros, así como de un apetito de odio y destrucción. Las dos pulsiones (eros y tanatos) lejos de estar separadas o evitarse, coexisten, se complementan, se conjugan unas a otras en el riesgo de la vida. Es por la desigualdad innata y no eliminable entre los seres humanos que éstos se separan entre conductores y súbditos.

No es difícil comprender esta desigualdad advertida por Freud: la llegada al mundo de cada ser humano en tiempos distintos y los espacios de los que se apropia una vez en éste, aunado al significado de su presencia que lo hará ocupar un lugar en el deseo de los otros; activarán relaciones que ponen de relieve esas desigualdades y que conminarán a la dirección y a la conducción de los que recién se incorporan a la cultura, sofocando sus pulsiones destructivas por medio de la educación, la retransmisión de una herencia arcaica mediante el lenguaje, de unos gestos y unos modos de ser aceptables para el colectivo. Todo esto implica relaciones no exentas de ejercicios de poder impuestos sutil y, en apariencia, pacíficamente.⁵ La presencia de estas pulsiones trasmutadas en bien común es la responsable del desarrollo de la cultura, de la organización humana. No obstante, en ellas dormita el apetito de odio y destrucción que puede exaltarse en cualquier momento, especialmente si existe algún indicio de hostilidad o de extrañeza.⁶

⁵ Freud reconoce que las redes sociales están marcadas por vínculos narcisistas pues, desde el inicio de nuestra vida, el otro es un objeto o un auxiliar en nuestra subsistencia y al negarse a seguir desempeñándose en esa posición, se advierte su *otredad*, se presenta como enemigo.

⁶ En una carta dirigida a Freud (1915), también Einstein reconoce este afán de poder

La coexistencia de las pulsiones de vida y de muerte puede advertirse claramente en la función del gobierno, cuyo deber es procurar la justicia, el bienestar y la protección de la vida regulando, por medio de leyes, las acciones humanas. Es decir, la pulsión de destrucción subyace en toda forma de regulación social, puesto que está dirigida al sofocamiento de las pulsiones de los gobernados *so pretexto* de racionalidad, desarrollo y progreso culturales que constituirán su legalidad.⁷

Las pulsiones urgen constantemente su satisfacción, pero se ven sofocadas y reprimidas a partir de los procesos educativos que las conminan a realizarse de otra manera: la trasposición, la transmutación a lo contrario, el retorno a la propia persona, la sublimación,⁸ la identificación con ideales de conducta, promueven el reconocimiento de una superioridad mental que hace transmutar estas pulsiones en actos socialmente aceptables.⁹ No obstante, en la fantasía permanecerán latentes, subrepticias, reclamarán realización (satisfacción pulsional) y al cumplirse en la realidad producirán un efecto ominoso. A ello se debe el horror que experimentamos ante los actos más violentos, entre éstos: la guerra, la crueldad, el asesinato y el maltrato al niño, pues recuerdan nuestras propias pulsiones agresivas que pensábamos superadas por el influjo de la cultura.¹⁰ El niño que ha veni-

como un factor psicológico que caracteriza a la clase gobernante de todas las naciones, que es hostil a la limitación de la soberanía nacional y que es medrada por mercenarios.

⁷ El Estado, afirma Freud, prohíbe recurrir a la injusticia, el fin es monopolizarla e impartirla en aras del "bienestar colectivo". El Estado exige obediencia, sacrificio y sumisión privando la satisfacción pulsional de los gobernados, de su comunicación o su expresión y, a su vez, reclamando reconocimiento, respeto y aplauso hacia su poderío.

⁸ Véase el texto de Freud "Pulsiones y destinos de pulsión", *Obras completas*, vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires.

⁹ Este sometimiento de las pulsiones agresivas se convierte en una cuestión de gobierno. Se hacen múltiples ensayos de sofocamiento, desde el castigo corporal, los influjos socializadores y educativos, las formas de interpretación impuestas bajo el orden de verdad o los sofisticados ejercicios psicológicos de coacción que hacen transitar a las pulsiones destructivas del uso de las armas hasta lograr hacer deponer la validez de los intereses que conflictúan las herencias culturales que son retransmitidas lingüísticamente.

¹⁰ Esta es la reflexión de Freud frente a las preguntas de Einstein ¿por qué la guerra? Y si ¿hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la misma? En ella sostiene que nada puede hacerse para salvar a los hombres de sus propias tendencias ególatras y crueles, salvo trabajar en la promoción y desarrollo de la cultura. Vira sin embargo la

do a ocupar un lugar en la constelación familiar es vivido como extranjero, ajeno, diferente y es común que a lo extranjero le imputemos el lugar de enemigo, porque nos coloca frente a nuestra intolerancia y a nuestra debilidad, pone en entredicho nuestra superioridad y reclama un lugar que en otrora era nuestro.¹¹

Así podemos considerar que la creación de estrategias de control y orden, los mecanismos jerarquizados, los dominios sutiles que las especialidades sugieren, las sanciones normalizadores en las que Michel Foucault reconocerá (1966) un tránsito del castigo corporal a la vigilancia panóptica, son expresión de esta pulsión de muerte,¹² de este afán de poder que crea los intersticios pertinentes para su satisfacción pulsional y da lugar a las estructuras psicopatológicas necesarias para hacer prevalecer el orden social.¹³

Estos ejercicios son el arsenal con el que se defienden los sujetos de las pulsiones de los otros, son medio y soporte para pelear o retar-

pregunta que destaca lo ominoso: ¿por qué unos sujetos sentimos horror ante ella? Su respuesta sostiene que es porque vemos igualdad entre la realidad y nuestras pulsiones, es decir, nuestras tendencias crueles, egoístas y destructivas se ven cumplidos en la realidad que se nos aparece insoportable.

¹¹ Freud ve en la guerra la expresión más flagrante de estas pulsiones destructivas que tienen la cualidad primitiva de expresarse violentamente y satisfacerse sólo con la muerte del enemigo quien, por cierto, podría ser un simple extranjero. Sólo por influjo educativo, cultural y del progreso, se supera esa tendencia primitiva de equiparar lo extranjero o lo extraño al mismo rango que el de enemigo. Para Freud, las tendencias primitivas que hacían satisfacer sus pulsiones destructivas en la muerte real del “enemigo”, más tarde se permutan en el deseo de sometimiento del enemigo o del extranjero para el propio provecho. Ello no es muestra de evolución, sino de insistencia de la pulsión de muerte. Siendo así, de ningún modo puede asumirse que sea un fenómeno de clase, donde las generaciones incultas o menos favorecidas por la educación sean más proclives a estas pulsiones primitivas; todos somos habitados por ellas y la intelectualidad, sostiene Freud, se topa más rápido con estas desastrosas sugerencias colectivas sobre la página impresa; y de hecho podríamos pensar que el pensamiento maquiavélico que distingue a los estrategas tiene este mismo fundamento.

¹² No obstante, la pulsión de muerte tiene otras expresiones, pues también se debe a ella la lucha por la vida, el coraje y el valor para romper con vínculos alienantes, de dolor y sufrimiento.

¹³ Freud sugiere al respecto que en las tendencias de control y orden de muchos dirigentes subyace una moción pulsional de carácter erótico-anal que intenta revocar estas pulsiones ominosas para limpiar al propio cuerpo de ellas.

dar la aparición de conflictos de intereses que no en pocas ocasiones terminan por zanjarse en la violencia.

En la maduración de las nuevas generaciones, debemos advertir que hay un reclamo de igualdad de derechos frente a la que generaciones antecesoras sienten aversión y rechazo; la innovación tanto como la perversión de las relaciones esperables exigen un reconocimiento distinto y un lugar dentro de la sociedad que legitime la posibilidad de lo nuevo. Ello puede vivirse como un fracaso en la transmisión de las herencias culturales y moviliza las pulsiones de destrucción y de odio que imaginariamente esforzarán a un sentido distinto. Lo que en la fantasía se deseaba, puede encontrar sentido en el lenguaje, cuya naturaleza poiética¹⁴ hará presencia en un trabajo de congruencia, coherencia y orden lógico que conformará una unidad explicativa consecuente con la cosmovisión, pero que en absoluto puede considerarse una feliz comprensión de la otredad. Por el contrario, se limitará a ser un intento de otorgar continuidad y orden a una compleja realidad regida por la diversidad, la historia y el conflicto al que se procura minimizar con la organización social y el gobierno.¹⁵

El cuerpo definido por el lenguaje

Ahora bien, es necesario partir de una cierta concepción de cuerpo que apunte nuestro análisis. El cuerpo, a diferencia del organismo, tiene inscrito signos, códigos, significantes que otorgan un cierto sentido a las acciones y a las prácticas en la vida de una persona que está sujeta a relaciones de poder, a ideologías, a prácticas lingüísticas; es decir, que es presa del lenguaje y, en última instancia, de su inconsciente que entreteje un entramado de redes explicativas para encontrar sentido de la propia vida, del lugar que ocupa, de la diferencia respecto de otros.

¹⁴ Es decir, de la cualidad creativa de las palabras que no sólo son medios de expresión sino forma, presencia y transfiguración que crea lo que no existe y da sentido a lo que, en apariencia, es caos.

¹⁵ Es el gobierno de las pulsiones lo que está en juego en toda disciplina que pugna por el orden, el control y la uniformidad de pensamiento.

El que te pega te quiere es una frase significativa¹⁶ que abre una serie de sentidos, demuestra y hace emerger posiciones, condiciones, circunstancias que no siempre estamos dispuestos a escuchar porque las evidencias del maltrato nos enfrentan a nuestras propias pulsiones de egoísmo y crueldad (Freud, 1915), que es preferible identificar en otros por efecto de proyección. Las consecuencias de los golpes: el dolor físico, el cuerpo mutilado, invadido, violentado, nos colocan frente al horror de nuestra humanidad, dejan ver un ser indefenso que convoca nuestra propia indefensión, y nos hablan de algo insostenible, insistente y hasta irremediable; de algo que, desde nuestro sentido común, nuestra eticidad o nuestra cultura, no puede sostenerse y, sin embargo, tiene sentido para el maltratador y para el maltratado en una dinámica que pretende ganar orden y equilibrio ahí donde hay diversidad de tiempos y espacios, conflictos de intereses y un afán de poder de uno sobre otro. Sostener al otro como maltratador u obligar a quien es maltratado a desempeñar un papel para su propio goce o provecho va construyendo relaciones posibles y naturalizando las diferencias, regulándolas mediante ejercicios de poder. Desde esta perspectiva, el acto mismo se convierte en algo irremediable para el golpeador, porque en él se juega su propio intento de diferenciarse, de reafirmarse, de reclamar reconocimiento, de destruir algo que habita en sí mismo: su propio desvalimiento. Reclamo de vida, que pone a operar las pulsiones destructivas que le impiden tomar lugar en el mundo.

Las evidencias del maltrato nos muestran lo que nuestra humanidad es capaz de realizar ante la imposibilidad de reconocer las diferencias que hay con los semejantes, con la otredad. Los otros que son o no son lo que queremos, que nos reconocen o no nos reconocen como deseamos, donde aparece la intolerancia y la frustración que hacen emerger estas formas de desconocimiento de las diferencias en actos violentos que intentan sofocarla, reducirla o abolirla. Que los otros no sean idénticos a como los queremos o imaginamos nosotros mismos nos produce incredulidad, encono, rabia, decepción, tristeza.

Es, con todo lo difícil que resulta un diagnóstico clínico del maltrato, más fácil ver las evidencias físicas, aparentes, concretas, que ver

¹⁶ Que crea cuerpo.

las implicaciones de la frase: *el que te pega te quiere* que refuerzan y naturalizan significativamente el golpe, la sacudida, la mirada inquisidora que clasifica, nomina o recrimina los actos del niño quien, sin embargo, interpreta lo que quiere su agresor e incluso llega a asumir una posición subjetiva que le niega una y otra vez la posibilidad de diferenciarse del otro, que lo fuerza a jugar con sus reglas y lo arroja a un lugar determinado, preciso en el tablero del poder; del que se espera perpetuación, es decir, conservación de ese mundo al que ha sido arrojado, reproducción de las formas que sus antecesores han ensayado para sobrevivir.

Somos seres de lenguaje

Somos arrojados a un mundo que nos preexiste, de cuyas reglas, normas o formas de organización no participamos, pero frente a las cuales tomamos posición, las asumimos, renegamos o convenimos con ellas y las revocamos en una transformación sutil no exenta de cierto grado de violencia interpretativa, de ciertos ejercicios de poder que se conjugan con afectos, cuidado a la vida, posibilidad de existir. Es este enlazamiento lo que dificulta diferenciar hasta dónde es posible que el otro llegue, qué nos impide poner límites al otro, hasta dónde dejarnos invadir por los otros, hasta dónde pueden llegar en su relación con nosotros.¹⁷

Este afecto que une al niño maltratado con quien le ha posibilitado la vida es lo que le impide diferenciarse. Si bien es el lenguaje un efecto de la asunción de esa diferencia, ésta se quiere acallar y someter; es insoportable para el adulto que no concibe por qué han de ser, para el niño, las cosas distintas de como han sido para él. Los diferentes mecanismos de educación procuran minimizar ese conflicto psí-

¹⁷ Es frecuente encontrarnos con personalidades a quienes les resulta difícil decir no y los lleva a vivir su negativa con enorme culpa e incomodidad ante un reconocimiento que creen abolido irreversiblemente; como si las pulsiones y los deseos de destrucción hubiesen hallado satisfacción. Colateralmente, existen otras estructuras de personalidad que reclaman un lugar sin condiciones y ante la negativa aun más insignificante, reaccionan con una posición extrema: "si no estás conmigo estás contra mí".

quico, así emergen y se justifican distintos objetivos en los sistemas educativos: el adiestramiento, la socialización, la desindigenización, la uniformidad, son todas estrategias tecnológicas para regular estas pulsiones de vida y muerte, que al insistir en su realización cercenan la posibilidad de lo nuevo.

Esta diferencia y nuestra incapacidad para aceptarla es acaso la que nos condena a la interpretación y al equívoco, pues la existencia del otro pone en conflicto nuestras pulsiones destructivas que, por cierto, han forjado a hacernos un lugar en la vida (ese es su otro rostro). En el lenguaje se hallan entonces las dos pulsiones que tantos conflictos nos acarrearán en la relación con nuestros pares, de quienes toleramos todo aquello que nos dé un lugar, no importando cómo, mientras seamos reconocidos.

Como he mencionado, no es este un intento justificatorio del maltrato sino una invitación al lector a reflexionar sobre la pregunta ¿qué son los otros para nosotros mismos?, preguntarnos sobre los lugares, sobre las posiciones, sobre las relaciones destructivas que, en cada ser humano se expresan de las formas más diversas e insospechadas; es decir, preguntarnos por el significado de los otros. ¿Qué les hacemos escuchar?, ¿qué son, qué queremos ser y qué somos para ellos?, preguntarnos por nuestras formas recurrentes de ver la vida, por nuestras formas de transmisión y los esfuerzos porque sea efectiva.

El maltrato infantil: entre la vida y el horror

El ámbito médico nos ha dado a conocer las formas concretas de expresión de la violencia familiar y el maltrato infantil y es común que éstas llamen más nuestra atención y sean las que nos permiten opinar, juzgar o criticar las acciones de los otros. No obstante, la pulsión de muerte, que comúnmente se expresa como tendencia agresiva de sofocamiento de la diferencia de nuestros congéneres, insiste en todas las actividades y los terrenos de la vida, es el fundamento de todo ejercicio de poder que atraviesa las relaciones humanas y también, como hemos visto, del coraje para romper con aquello que nos impide vivir autónomamente. Las guerras son la expresión más omi-

nosa del intento por asfixiar la diferencia de los otros, repugnar su placer, deplorar su condición, desconocer su derecho a la satisfacción de sus pasiones. Goffman en su libro *Internados* (1961) y Foucault en *Vigilar y castigar* (1966), con distintas metodologías, mostrarán cómo se transmutan, se trasponen, se sustituyen, se transforman modalidades y formas de expresión de semejante pulsión, en la vida íntima cotidiana, como en los ejercicios profesionales.

El que te pega te quiere, habla de una relación de destrucción y a su vez afectiva, una relación donde el amor y el odio coexisten, acaso que inaugura posiciones subjetivas perversas (relaciones de violencia); habla de una relación que forma, que se asume natural y obliga al niño a tomar una posición subjetiva, cierto lugar ante la vida, ante el otro y ante sí mismo, y que sólo muy pocas veces logra cortar, rebatir o expulsar de su existencia; es decir, moverse de ese lugar en el que el proyecto de otros lo espera. Son muchas las respuestas que los niños ensayan ante el maltrato, éstas hablan de su tiempo subjetivo y de su experiencia vivida: se recurre a la huida, a la mirada retadora, a la resistencia, a la risa, a la deploración del acto agresivo, a la violencia, al acomodo; todas reclaman un lugar para el sujeto. En el niño maltratado su condición de desventaja de ser todavía menor e indefenso, supone instancias a las que debe seguir y en las que, a pesar de todo, confía. Está el silencio, la mirada reacia, la espera del golpe que habilitan la transmutación de su condición humana a la de objeto.

El niño puede resistirse a ser golpeado, pero generalmente resiste el golpe acomodando el cuerpo, como si expresara en su posición subjetiva y corporal: *te presto mi cuerpo para que en él descargues tu ira, para hacerte fuerte, para no advertir tu debilidad, tu falta que es la que más me duele, porque supongo en ti una fortaleza que yo creo que tienes al ser tú mi universo, al desconocer otras vidas, otras formas de vida y de relación*. Es como si el niño adquiriera una deuda y admitiera deber de alguna manera la vida. Es necesario así, apuntalar, ser el soporte del golpeador que en la infancia es el universo más importante, el "otro" más significativo que, al ser ambivalente, confunde, se le teme, pero define, consigna y marca el cuerpo del niño quien al asumir esta forma de relación "afectiva" se coloca como soporte para sostener al golpeador que le profetiza un destino. El niño puede encontrar mira-

das más generosas, texturas más gentiles de relación, pero esa primera relación resulta tan significativa para algunos que no podrán reconocerse en otras miradas. Pareciera como si el niño maltratado no tuviera otro universo que lo definiera mejor que el del golpeador, y aunque éste ya no formara parte de su constelación de vida, sea por muerte o alejamiento, no dejaría de tener efecto y lugar en la vida del niño, porque se ha formado bajo la mirada del agresor que le ha dado sentido y le asegura que siempre existe otro más fuerte, que hay alguien superior que sí sabe qué es su cuerpo y para lo que ha venido al mundo. Observamos en la vida adulta estructuras psicopatológicas, posiciones subjetivas en las que habita esa primitiva relación, mujeres u hombres maltratados que inconscientemente se colocan en las posiciones que refuerzan su debilidad y conminan a los otros a que los golpeen de distintas formas; como si no tuvieran posibilidad de establecer otra forma de relación con los otros.

En el caso del niño maltratado, los educadores tendrán una función de lo más vital: proporcionarle nuevas experiencias e intentar moverlo de su posición conminándolo a la exploración del bienestar y a otro tipo de relaciones generosas más placenteras y menos confusas (de cuya dificultad nos ha advertido Freud).

El niño maltratado presta su cuerpo al agresor para que descargue su rabia, la que vive como normal, hasta que alguien lo reconoce, lo designa y lo obliga a ver que hay otras formas de vida a las que tiene derecho. Decidir ceder el lugar o el cuerpo para que el otro no se sienta violentado formará parte de la lógica inconsciente e inconsistente de esa relación que parece asegurar al niño maltratado que debe pagar un precio a cambio de su diferencia, un costo que a veces lo dejará familiarizado con posiciones inmóviles, de servilismo y excesivo arrepentimiento, generando una posición de dependencia extrema en aras de lograr simpatías, con tal de conquistar la mirada aunque sea de ira o decepción de su agresor, pero que lo reconozca, que le dé existencia.

El sujeto aprende a relacionarse con el desprecio por su cuerpo, por su simplicidad y por su placer, lo que lo obliga a buscar un ideal y a perseguirlo haciendo claudicar al propio ser, los propios gustos, a los que se viven como poco importantes, efímeros o amenazantes,

obligándose a reprimir, cediendo siempre su lugar, demandando su satisfacción incesantemente a partir del servilismo, la queja o la violencia. Incluso él mismo puede identificarse con la mirada del agresor y reproducir las mismas relaciones de autoritarismo y represión frente a aquellos que viven un desvalimiento semejante al suyo en su infancia. Vemos así personalidades completamente contradictorias que una vez en posiciones de autoridad no dejan de repetir el mismo tipo de relaciones, sólo que ahora del otro lado.¹⁸

El que te pega te quiere es una frase que nos convoca a pensar en tres dimensiones, que ponen de relieve la relación con los otros: la dimensión de lo que significamos, es decir, el lugar que ocupamos en el deseo de los otros, el significado que el otro tiene para nosotros, lo que nos apropiamos de lo que hemos venido a hacer en su mundo, para lo que estamos aquí en la vida y una dimensión que trastoca lo singular, quién soy yo para mí mismo. La frase lleva, incluso para los que no se consideran maltratadores, a preguntarse por los lugares, por las relaciones con los otros, por las formas de violencia que se operan en situaciones específicas, permite preguntarse por el monto de agresión que habita en cada ser humano, ¿qué hacemos con la agresión?, ¿la dirigimos a otro o nos la tragamos?, ¿la dejamos escapar en comentarios irónicos, que desautorizan la posición del otro o en actos donde el otro se convierte en el enemigo a combatir?, ¿reconocemos su diferencia o hacemos gala de superioridad ante el otro? Esto es, ¿qué lugar tiene la agresividad en nuestra actividad diaria?, ¿qué formas adquiere?, ¿cómo se traduce en nuestra cotidianidad?

Como hemos dicho, Freud afirmará en distintas ocasiones (1927-1931) que la agresividad es inherente al ser humano y que de hecho es necesaria para la supervivencia, pues se constituye en energía que requiere todo ser para tomar un lugar en la vida (Ramírez, 2002).

El que te pega te quiere es la posición subjetiva que da respuesta a preguntas fundamentales, si bien inconscientes, que toda madre o padre se hace frente a su hijo: ¿quién es este nuevo (recién nacido) para mí?, ¿qué significa?, ¿qué quiero de él?, ¿qué me imagino de su futuro?, ¿qué sentido tiene su existencia?, ¿cómo lo quiero?

¹⁸ ¿Acaso en un intento de dar respuesta, de indagar qué pasa del otro lado?

Todo esto sucede en la suave imposición del contacto afectivo, porque en tanto que el cachorro humano no hace uso de su voluntad y su fuerza, no puede pararse frente al otro y tomar posición. No obstante, el nuevo ser rige la acción, el tiempo y el espacio de quienes operan las funciones de nutrición y cuidados, les hace pagar a los otros un costo por haber nacido, ejerce una microfísica de poder sobre los otros que se mueven en su entorno para procurarle protección, reconocimiento o afecto. Que un bebé exista, implica un reacomodo de los espacios, los tiempos y las constelaciones familiares; porque obliga a ser tomado en cuenta, a ser definido, a ser mirado, a ser escuchado, a ser reconocido, a ser significado por los otros.¹⁹ Se convierte desde entonces en un continente de significaciones; el que ha venido a reacomodarlos puede ser un hijo deseado o no, puede ser el inoportuno, el complemento, la esperanza, el sustituto, etcétera, ello tomará presencia en sus palabras, acompañadas de gestos y modos de expresión que coagulan frases significantes, ambivalentes, listas a la interpretación y al equívoco.²⁰

Cuando este niño se *separa* (en el doble sentido: de separación y de pararse frente a los otros), es decir, se diferencia de esas significaciones, da noticia de su voluntad o de sus deseos que pueden o no seguir consintiendo las primeras significaciones dirigidas por sus cuidadores. Hay necesariamente una ruptura, un reordenamiento entre los ideales de los padres y el niño educado. El cachorro comienza a tomar postura frente a los otros (el padre, la madre, la familia) de quienes, cargados ya de significación, sabe lo que puede esperar de ellos y lo que no. Pero su vínculo afectivo será ambivalente porque, por un lado, es necesario diferenciarse y, a su vez, en aras de su subsistencia, es necesario apegarse al ideal que se le ha dirigido: ¿qué

¹⁹ No es extraño que al niño se le vete la posibilidad de intercambio lingüístico en la familia que sigue con rigor que los niños no pueden hablar o interrumpir una conversación entre adultos y frecuentemente éstos no se dirigen al niño sino para reprenderlo, llamar su atención, solicitarle ciertos servicios o pedirle cuentas de sus actos. Tampoco es extraño que el niño se apropie de este tipo de formas de relación y siga al adulto en sus ejemplos más que en sus palabras.

²⁰ Aun cuando sean interpretadas de manera positiva, estarán configuradas dentro de las pulsiones de vida y muerte.

quiere de mí?, ¿qué quiere que yo haga?, ¿qué quieren que yo sea?, ¿qué me quiere?, según Lacan.

Asunto complejo porque cuando el niño es golpeado también da respuesta, en su fantasía, a estas preguntas. La lucha compleja por diferenciarse fracasa, se asume la indiferencia, se paga el costo de la misma a partir del golpe: *me porté mal* no es más que la expresión de *no soy como quiere él o ella*. El golpe es la expresión de frustración frente a la diferencia, lo que el hijo no puede ser para la madre o para el padre en un ideal que ella o él se han inventado.

Lo que le regresa el niño a la madre²¹ es la imposibilidad de su propia diferencia y de una posición singular (otra) frente a los ideales de sus padres, sus propios conflictos no resueltos para caminar como sujeto autónomo. Su propia posición frente al conflicto al que obliga toda diferencia. No acceder a una postura propia, seguir bajo el ideal que le "pegaron", la obligaron a no hacerse cargo de su propio deseo, a seguir al pie la ley de otros, sin tomar posición distinta, sin romper el ideal paterno que sofoca el deseo propio y que hace claudicar todo intento de diferir, ello se queda como endeudamiento hacia sí mismo, es decir, a estar en deuda con uno mismo por no poder rebatir el ideal de los padres.

Frente a esta compleja situación se apela a los patrones de paternidad tradicional, se convoca a los libros de autoayuda más simplistas aunque aparentemente más sofisticados o incluso se puede llegar hasta la escuela para padres, misma que no asegura la eficiencia de técnicas de "corrección de la conducta", porque lo que se juega es algo ominoso: reducir la diferencia del cachorro humano que, por cierto, es irremediable. Lo que se juega es el sometimiento de las pulsiones, la asfixia del deseo del niño y ese, una vez inaugurado, no cesa de insistir y de pugnar por su satisfacción. La maternidad o la paternidad son sólo ensayos singulares, particulares que relanzan a los padres a un camino insospechado, virgen, suyo, por cuanto ningún niño en la vida ocupa el mismo espacio, ni está inscrito en el mismo tiempo subjetivo de los padres; es decir, en tanto un niño no puede ocupar el

²¹ En este texto aludiremos a la concepción de madre en sentido psicoanalítico, que no habla exclusivamente de la madre biológica sino de aquel sujeto que le procura cuidados y cariño al recién nacido.

lugar de otro en el deseo de los padres, no puede ser reconocido de la misma manera que otro.

La diferencia del niño clasificada o estigmatizada como renuencia, berrinche o rebeldía, no hace más que expresar a la madre: *Yo no tengo lo que tú quieres, eso es una carga*. El niño no puede sostener la demanda materna que se vive como desvalimiento, ello es insostenible para él²² y expondrá su cuerpo con tal de sostener a la madre en un lugar superior, no desvalida. El niño no puede cargar con el desvalimiento materno y paga por ello habilitando el maltrato. Esto inaugura un rol y una demanda del niño hacia su madre o padre: *quíereme con esa falta*, se pega a la madre o al padre que, además, tampoco toleran su petición ni su mirada que expresa su desvalimiento ante las exigencias de unos padres cuya desesperación culmina con el golpe y se ensañan en castigarle, amenazarlo, coaccionarlo, acuciarlo, hostigarlo, en un movimiento espiral que puede llegar a mostrar el horror humano: el placer ante el dolor de quien es distinto.

El golpe es un acto que habla de que el golpeador no soporta la demanda de reconocimiento de alguien, la mirada y la posición de dependencia y de diferencia del niño quien, literalmente, se pega al cuerpo del otro. En este sentido el cuerpo infantil cumple una función en la constelación familiar o educativa de la que forma parte. Las posiciones frente a esta diferencia pueden ser extremas, naturalizadas o legitimadas ¿cuántas veces no hemos escuchado decir *tú puedes hacer con tu hijo lo que te plazca o... ella es su madre, déjala, que lo eduque?*, lo que obliga a silencios cómplices y da lugar a las estrategias educativas más diversas, a los ensayos y a los errores más variados, a las posiciones extremas más recalcitrantes: el golpe, el castigo físico, la mutilación, la inquisición, [...] *para que aprenda* a ser como la madre espera. Siempre se ensayan distintas estrategias que van *de menos a más, en crecimiento continuo*. Una madre o un padre pueden estar

²² El desvalimiento (o, en términos lacanianos, la falta) que más hace daño no es la propia, el niño se sabe desvalido, pero la del otro, sea madre o padre, es insostenible, porque de ellos depende y al ser desvalido el niño no tiene ninguna seguridad de subsistencia, quizá de este desvalimiento pendan más tarde las fantasías de destrucción que retornarán en pregunta por su propia muerte y encontrarán resonancia en programas de televisión, en juegos mortíferos o agresivos.

seguros de que le darán sólo una nalgada o un golpe a su vástago, pero en el momento de comenzar ya no pueden parar, el acto se vuelve compulsivo y en ese sentido realiza algo del deseo materno o paterno que expresa el intento de reducir la diferencia, justificando además la agresión: *lo que no te mata te hace más fuerte o si te golpeo es por tu bien, para hacerte un hombre o una mujer de bien, para que aprendas a ser un Ser íntegro, perfecto*. Perfección o integridad que le devuelva a los padres que no han fracasado en su función.

La madre o el padre están en el embate de tres fuerzas mínimamente: la del deseo (el propio y el de su hijo); la diferencia que se les presenta en su hijo o hija (lo que ellos no toleran ser) y la imagen ante los demás que reclaman una cierta eficacia educativa de su parte. Operación difícil que ante la falta de recursos propios para asumir la propia responsabilidad y diferencia, frente a esa imagen, conmina a la violencia.²³ Ante la imposibilidad de reconocer a ese cachorro independiente de los propios ideales, emerge el maltrato. El otro que crece pronto se verá como un igual al que no se puede reconocer, con el que se compite, él se hace más fuerte y algunos padres no pueden aceptarlo, es necesario deteriorarlo, compensar la relación asegurando su inferioridad, golpeándolo, bloqueando sus proyectos, haciendo complot contra su belleza, afirmando que se es el más fuerte. Es decir, esto retornará de diversas maneras, según la experiencia vivida y los recursos ensayados por ambas partes. A veces tendrá tintes de madurez y racionalidad, pero siempre estarán apuntaladas en las pulsiones tanto eróticas²⁴ como de destrucción.

¿Quién es el niño para la madre?, ¿qué quiere la madre del niño?, son preguntas que van a urgir una respuesta del niño: ¿quién soy yo para mí mismo? Si el niño es, ante la mirada de sus padres, el sueño, el complemento, el sustituto, el desgraciado, el estorbo, el bastardo, etcétera, eso que la mirada de los padres le dirigen es apropiado por el niño, porque el amor a sus progenitores lo hace creer en lo que le

²³ Es frecuente advertir que el padre maltratador está atendiendo a la mirada social, está preocupado por la imagen que tiene frente a los demás y lo que esperan de él. Y, al ver que su hijo es expresión de lo que no acepta de sí, estalla en ira.

²⁴ Frecuentemente Freud llama así a las pulsiones de vida que pugnan por lograr el placer, el bienestar, en este caso que reclaman el derecho del niño a seguir viviendo.

significan los otros, lo hace propio, lo hace suyo, se convierte en una certeza que, combinada con sus fantasías avala una posición subjetiva que se expresa en la frase: *el que te pega te quiere*.

Desdoblemos la pregunta: *qué te pega*, qué “calcomanías”, signos, códigos, significaciones te son pegadas, ¿cómo y con cuáles te vistes?, ¿cómo te quiere?, ¿indefenso?, ¿sumiso?, ¿esclavo?, ¿muerto? Y en qué lugar te coloca para satisfacer *eso que te quiere*, en qué lugar lo reconoces o lo ves y cómo lo inauguras o lo refrendas como el verdugo que te lastima.

Transformemos la pregunta: *él, que te pega, te quiere*. El pronombre *él*, habla de un ideal –éste es indudablemente una construcción fantástica del padre o la madre– y la frase es completada por una condición *sólo si te dejas ser pegado por él*, sólo si cumples su fantasía *te quiere*. Posición que condiciona el amor al otro, lo hace pagar por el amor recibido: ¿cuál es el costo que hacemos pagar a los otros por tener nuestro amor?, ¿qué les exigimos para tener contacto con nuestro cuerpo?²⁵

En la adolescencia,²⁶ por ejemplo, resulta fundamental esta separación que se manifiesta por medio de una lucha continua del joven o la joven contra el ideal de los padres. Lucha que reclama un lugar distinto del desempeñado porque hay algo que no viene bien, porque es necesario entender esa separación respecto al otro, porque es necesario crecer, tomar distancia de sus ideales.

Pensemos ahora en el verbo *pegar*, cuando algo se adhiere a la forma de mí mismo, invita a no poder ser despegado. Es paradójico, ambivalente, porque por una parte se le quiere despegar, pero sin él el niño agredido se siente desnudo. Muchos adolescentes pueden pasarla muy mal al lado de sus padres, pero encontrarse sin el sentido que les procuran como referentes, resulta ser lo mismo que apoyarse en un mueble al que le falta soporte, porque no encuentran la mirada que los ha conformado en sus primeros años.

²⁵ Cuerpo socialmente maltratado, también abrumado por exigencias, cercenado por preocupaciones económicas, coaccionado por posturas políticas, acuciado por los tiempos de la vida moderna, sometido por normas que asfixian la vida y el placer.

²⁶ La diferencia se reclama continuamente pero nuestra vida moderna ha fabricado los momentos para reconocerla de manera que parece más factible y menos complicado advertirla en el marco de una rebelión anunciada para la cual urgen distintas salidas sociales.

Dejaría este primer acercamiento al análisis para pensar en la importancia de los vínculos afectivos que establecemos con los otros y, sobre todo, para proponer una modalidad de trabajo no sólo desde las ciencias médicas o jurídicas, sino desde las ciencias humanas; aquellas que dan respuesta a cómo se forma el ser social, el sujeto, la persona, el individuo, es decir la humanidad, aquellas que rebasan la explicación causal y apuntan a la comprensión de la realidad y las formas de interpretación de la misma, conminando así a distintas formas de investigación e idealmente de acción.

Los vínculos

¿Cómo nos vinculamos con los otros?, es una pregunta que trae aparejados muchos implícitos: ¿cuál es el sentido de nuestra vida?, ¿cuál es el proyecto de vida que perseguimos?, ¿qué lugar desempeñan los otros en nuestra historia, en nuestra actividad?, ¿cómo damos cabida a los otros en nuestra vida?, ¿qué papel desempeñamos en la vida de los demás?; y pone de relieve una pregunta más básica aún, ¿damos a los otros cabida en nuestra historia?, ¿cómo?, ¿qué lugar les delegamos?, ¿los reconocemos o sólo los usamos para reafirmar nuestro lugar o para demostrar que nuestra vida es significativa para alguien?

La clínica nos esboza algunas sombras que acompañan al adulto maltratado en sus años infantiles: la vergüenza por el propio cuerpo, el querer pasar inadvertido, la excesiva culpa por negarse a algo, la dificultad para decir *no*, así como el odio parecido por el niño que recuerda al que se fue en la niñez, el establecimiento de relaciones violentas que lo acercan a la muerte, el esconderse del mundo o autonegarse el derecho al placer, a la pasión y al amor de los otros.

Hacia una propuesta

Se ha destacado la necesidad de vincular a las instituciones de educación superior con la vida política y empresarial, en aras de fortalecerlas. No obstante, se ha olvidado que esos mismos esfuerzos deben diri-

girse al saneamiento de la vida social, que por cierto no es campo exclusivo de la psicología o la clínica; que urgen esfuerzos interdisciplinarios que nos permitan comprender no sólo qué pasa en estas relaciones, sino permitir la transformación de las mismas. ¿Qué lugar le dejamos a quienes nos suceden?, ¿qué implica ponerlos en manos de gente menos preparada en sus años infantiles que son, por cierto, fundamentales en la vida de todo sujeto?

Parece una estrategia ominosa de la educación. Mientras se invierten enormes cantidades en la capacitación técnica o profesional de especialistas que se harán cargo del mantenimiento de máquinas procesadoras de envases de plástico, a nuestros niños se les coloca en manos de quienes apenas han terminado la educación básica.²⁷ Acaso la estrategia perfecta para mermar los posibles recursos, la satisfacción de necesidades, la expresión y satisfacción de pulsiones de vida que se conjugan con las de destrucción para tomar un cierto lugar, que indudablemente recomodará a los otros. Educar para no pensar, adiestrar para el reconocimiento del lugar, socializar para no cambiar, aleccionar en la conformidad. Pensamos que sólo bajo el influjo de ciertas experiencias, la reflexión y la conciencia de las relaciones y los vínculos que se establecen en la adolescencia o en la adultez puede tomarse otro camino. Estamos concientes de que no puede trabajarse con las pulsiones como objetos, aún menos pretender dominarlas; la experiencia nos dice que acaso el trabajo vivencial y reflexivo nos permita advertir el círculo de goce en el que se instalan.

Es la adolescencia, hipotetizo, una oportunidad de alejarse de estos ideales adultos, pues en tanto reclama reconocimiento, pugna por una legitimidad. Es un intento de tomar lugar que muchas veces se sofoca y sucumbe ante la violencia de los otros; es en esta etapa donde los ensayos por diferenciarse son castigados, cercenados o debilitados con estrategias psicológicas que refrendan los ejercicios de poder a los que están sometidos socialmente los sujetos. En psicoanálisis se reconoce como *la muerte simbólica del padre* a este alejamiento con

²⁷ Es frecuente encontrar en las instituciones de educación inicial perfiles de asistentes educativas que no cuentan siquiera con estudios de secundaria. Por lo que se refiere a las instituciones privadas, éstas se construyen como negocios cuyo objetivo educativo se pierde en el lucro, en la ganancia y operan carentes de sentido educativo, social y ético.

los ideales con los que se trata de regir y educar al adolescente. Posibilidad de autonomía que generalmente se fractura en México, porque la dependencia y conformidad de sobrevivir acaso sean efecto de las huellas de la historia que forjaron identidades y posiciones subjetivas que desconocían lo propio dando lugar y enalteciendo lo otro. Las estrategias educativas de desindigenización han sido tan aterradoras como efectivas, tan injustas como legitimadas, tan ajenas como apropiadas, esa es acaso la razón de enaltecer lo extranjero y en vez de vivirlo como enemigo lo vivimos como deseable; habilitando la invasión de nuestro espacio, aceptando la imposición de un tiempo en detrimento del nuestro y posibilitando la violencia hacia el propio cuerpo disimulada en perfiles, modos de ser y mecanismos institucionales que se esclerotizan y, deificados, retornan inamovibles hasta que se derrumban porque devienen innecesarios o alejados de sus objetivos iniciales.

Las pulsiones que gobiernan la vida humana no dejarán de existir. Mientras haya vida serán responsables de reclamar el lugar y a su vez de defender el tiempo de la misma. Falta decidir cuál es nuestra posición y las acciones que tomaremos frente a ellas, pues son indomeñables y aun cuando se les trate de asfixiar a partir de condicionantes ellas retornan.

Reconocerlas y aceptarlas sea acaso la posición que conminará indudablemente a cosmovisiones, filosofías y prácticas educativas, éticas o políticas diferentes, particulares, no exentas de creaciones imaginarias, reacciones transformadoras que les hallen un lugar socialmente aceptado a esas pulsiones que gobiernan nuestra vida anímica. Pensamos en la formación de un sujeto reflexivo cuya autonomía y eticidad lleve a un respeto y una apertura hacia la diferencia. Tal formación, indudablemente ideal, no requeriría de gobierno alguno encargado de los límites y la regulación de nuestros actos.

Existe una modalidad de trabajo a la que hemos denominado en otros ámbitos *Grupos de formación psicoanalíticamente orientados*, que representa una respuesta desde las ciencias sociales, y nos permite rebasar las distintas posiciones que pretenden normar, generalizar, universalizar la regulación de las prácticas sociales. Desde esta modalidad no se trata, como en el sistema judicial, de hacer justicia a esa

relación, tampoco se trata de ser menos o más severos con las penas impuestas a los agresores, aun menos reeducar conforme a la pedagogía tradicional a los padres para decirles cómo ser, qué hacer, con qué hacer sus funciones educativas o afectivas. En síntesis, no se trata de decirles cómo ser padres y tampoco se pretende convencerlos de tratar bien a sus hijos, sino de permitirles reflexionar qué significan sus hijos para ellos y cómo esa significación determina sus vínculos, pues los atraviesa y los constituye. Se trata en última instancia de advertir el placer que ellos producen, sea o no de maltrato.

El modelo es propuesto en el sentido de instrumento metodológico de investigación-acción y lo pensamos útil dirigido no sólo a las clínicas de atención al niño maltratado, sino incluso a padres, educadores y orientadores educativos de distintos grados de formación; pues resulta una herramienta no sólo de investigación sino, en la medida que tiene efectos terapéuticos, también lo es de intervención. Por experiencias con distintas poblaciones pensamos que es necesario dirigirlo a educadores, investigadores y estudiosos de la familia, para proporcionarles estrategias teórico-técnicas de acción social en aras de una convivencia distinta. El modelo debe ser reproducido vivencialmente, de manera que los interesados analicen sus vínculos con la misma metodología que utilizarían para investigar y para intervenir en el trabajo con padres de niños maltratados. Desde esta perspectiva el instrumento es herramienta terapéutica y de formación. Es una propuesta que pretende comprender desde la dinámica interna lo que en el ámbito social queda excluido: el deseo de los padres en la relación con el otro.

Es necesario reiterar que la metodología vivencial permite analizar las propias prácticas y vislumbrar los posibles derroteros a los que se puede llegar. En ella no se juzga o condiciona una relación, sino que se apunta a comprender por qué es así como es y no de otra forma. Es decir, ¿cuáles son los vínculos del niño maltratado?

La experiencia consta de 25 horas efectivas, vivenciales y por tanto presenciales. Los temas a tratar en la experiencia son: significar la maternidad o la paternidad, el nombre del hijo, el deseo de los padres (el niño o la niña que queremos), las relaciones de amor y odio

en la constelación familiar, las dificultades de la autoridad con la autoridad.

La intención en un primer momento es formativa, está dirigida a interesados en la comunicación humana, la intervención, la psicoterapia, quienes podrían eventualmente reproducirlo en su ámbito concreto, lo cual obligará a una asesoría y a un soporte de seguimiento,²⁸ ensayando así otras formas de relación que más que el sometimiento de los otros para no alterar nuestra vida, pretenda su autonomía para hacerse cargo de ellos mismos.

Bibliografía

- Anzaldúa, Raúl y Beatriz Ramírez, *Subjetividad y relación educativa*, UAM-Azcapotzalco, México, 2001.
- Dolto, Françoise, *Niños agresivos o niños agredidos. Una cálida respuesta a las angustias más comunes de los niños*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Foucault, Michel, "El cuerpo de los condenados", *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- Freud, Sigmund (1914), "De la historia de una neurosis infantil", *Obras completas*, vol. XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1919), "Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales", *Obras completas*, vol. XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1915), "Pulsiones y destinos de pulsión", *Obras completas*, vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1915), "De guerra y muerte", *Obras completas*, vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1976..
- _____ (1932-1933), "Por qué la guerra" (Einstein y Freud), *Obras completas*, vol. XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

²⁸ No omito mencionar que la investigación "Psicoanálisis y formación profesional", cuenta con espacios de formación para coordinadores de este tipo de grupos y que es posible responder a la demanda de grupos especializados interesados en el abordaje de este complejo fenómeno.

- _____ (1930), “El malestar en la cultura”, *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1913-1914), “Tótem y tabú”, *Obras completas*, vol. XIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1920-1922), “Más allá del principio del placer”, *Obras completas*, vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1927) “El porvenir de una ilusión”, *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1919) “Lo ominoso”, *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1917), “Sobre la trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- _____ (1915), “La represión”, *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- Goffman, Edwin, *Internados*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.
- Ramírez, Grajeda, “De cómo el sujeto se constituye y se forma soporte de la cultura”, en Ramírez Grajeda (coord.), *Formación y tendencias educativas*, UAM-Azcapotzalco, México, 2002.
- Savater, Fernando, *El valor de educar*, Ariel, México, 1997.
- Schmidbauer, Wolfgang, *¡Tú no me entiendes!*, Herder, Barcelona, 1994.
- Toledo, Colin *et al.*, *El traspasio escolar*, Paidós, México, 1998.